

Marguerite Yourcenar: "¿Qué? La Eternidad"

Continuaré hasta el momento en que la pluma escape de mi mano", dice a menudo Marguerite Yourcenar en "Archivos del Noche". Afirmación provocadora, porque el ceto de noviembre de 1987 es plena expresión de su manuscrito incoherente de "¿Qué? La Eternidad", última parte de su trilogía familiar, "El Laboratorio del Mundo". Desde la isla de Mount Desert, frente a la costa este de los Estados Unidos, refugio desde 1950 de la gran dama de las letras francesas, Marguerite Yourcenar parece a reírse con "el magnifico ceto de lo que se llama el ceto mundo".

Nacida en Brumad en 1903, Marguerite de Cuyrecour (Yourcenar es el anagrama de su apellido), no es una escritora, desde su primera novela, "Almas o Tratado del Combate en Vano" (1929), de cambiar de género—novela, cuentos, traducciones, ensayos, novelas históricas—ni de abandonar ocupaciones ("Memorias de Adriano", en 1944, "Otra vez Negro", de 1968). Recordemos también que Marguerite Yourcenar fue la primera mujer que ingresó a la Academia Francesa, en 1980. Acabada de tener gran éxito con la publicación de los dos primeros volúmenes de su trabajo autobiográfico: "Recordados Pasados" (1974), dedicado a su familia materna, y "Archivos del Noche" (1977), en que recuerda a su ascendencia paterna. Para la tercera parte de "Laboratorio", eligió el título: "¿Qué? La Eternidad", tomado de la famosa estrofa: "La han encontrado / ¿Qué? La Eternidad / En el mar que no ha sido / Con el mar" ("Ella está retrocediendo / ¿Qué? — La Eternidad / En el mar azul / Con el mar"). Marguerite Yourcenar hace venir así a su familia paterna, desde 1900 hasta fines de la primera guerra mundial. Son años que recuerda con toda la sabiduría e inteligencia de una mujer de 84 años, que, rechazando toda "imagen dulzona de la infancia", describe magistralmente un relato impregnado de parte a parte por el espíritu de la libertad. Marguerite Yourcenar parece, en verdad, no conocer ninguna restricción, ninguna línea de partido, ni en el día de la independencia. Fundándose en su padre, Michel de Cuyrecour, figura central de su evocación, perpetúa el combate de este mestizaje de la doble Epopeya contra la hipocresía y la mediocridad de la sociedad de los castillos. Yourcenar, pero que todo debe retroceder por el recuerdo de este "ceto de alta tibia, atrevido sin más", lo acepta todo del padre idealizado que, visto, se encarga por el resto de la educación de su hija, sus extravagancias, su pasión por las alforras vacías, los sucesos que se suceden. Entre las amantes de su padre, hay una a la que ama como a su madre: Jeanne de Raval, la bella holandesa. La autora recuerda "su rostro de dulce pálido, su cuerpo grandioso" su matrimonio con Egon, un joven barba húngaro de estirpe impetuosa, y cuenta en una escena importante, que nos da la clave de la obra (a lo largo de las páginas surgen otras para confirmar ahora), la homosexualidad de Egon.

Luego está Marguerite, desde luego, por primera vez personaje autónomo de su obra, cuya primera

● Desconcertante título para un libro inconcluso. La muerte interrumpió a su autora en el relato de sus recuerdos de infancia, recientemente editados en Francia.

batallas y emociones se siguen a través de estas "memorias de la infancia" (en su forma, la primera vez a Rache, Saint-Denis, se apasiona por Flavien y Sotro, pero).

Rara vez ha hablado Marguerite Yourcenar de sí misma con tanta franqueza y sencillez, especialmente cuando nos cuenta sin reticencia el despertar de sus sentidos. "Un instante, una promesa de deseos intransigentes, sentidos y satisfednos más tarde en el curso de mi vida, me hizo entender de golpe la ternidad y los movimientos necesarios a dos mujeres que se aman". Libertad, independencia, integridad, sexualidad. En una palabra, Marguerite Yourcenar nos entrega las claves de su escritura interrumpida. Cae sobre con las palabras, repentinamente, repentinamente, en una sucesión de hacer el amor, especialmente cuando lo que se escribe está inspirado por alguien, o se ha prometido a alguien.

Presentamos a continuación un extracto del libro. A la muerte de Fernando, su madre, la autora de las "Memorias de Adriano", es todavía muy joven. Michel, su padre, le dice luego el casado de Bernice, una joven criada. Que no tiene escrupulos en abandonar para ir al cine. No tiempo en decirle a una casa de niños.

HACIA mucho tiempo que Barbe se había quitado, para no volver a ponérselo, el uniforme azul marino de enfermera inglesa, que Michel le había hecho vestir, un poco por su amor a la limpieza. Se vestía bien, a modo como entre camuflaje de su elegancia en su día feriado y mujer de mundo de noche de pasar inadvertida. La quería mucho, según decía, ella que había bebido por primera vez, en todo caso, era ella quien se había ido los días, me se cubre, me restringía con tanta, me daba más sentido, me llevaba de paseo, cuando estábamos en la ciudad y yo era muy pequeña, llevándose, como a un perro, de una correa que pasaba por mi brazo. Entre paseo al aire libre se transformaba en frecuencia en visitas a las grandes tiendas, ante la puerta de las cuales Barbe se encontraba siempre, como por azar, con señores que comía. La mañana terminaba en una patiblera. Durante su última infancia, sentía por mi esta pasión incoherente y casi que tanta mujer experimentada por niños pequeños. Hasta los diez años, recuerdo haber sido levantada de mi pequeña cama corriendo, y que mi cuerpo era cubierto de besos cálidos que distinguían sus contornos desconocidos para mí misma, diciéndome por así decir una forma. Pero en la sexualidad adulta de la infancia, pero estas sensaciones absolutamente táctiles estaban todavía



Marguerite Yourcenar en su infancia.

desprejuiciados de conflicto: mis sentidos aún no daban lugar ni lugar. Más tarde, estos transportes ocultos, pero los besos afectuosos no eran infrecuentes, eran precisamente los únicos que recibía, aparte de los de Jeanne, que no estaba mucho tiempo en casa, y del beso muy cariñoso, pero también bastante rutinario, del padre francés que era Michel, cuando se inclinaba sobre mi pequeña para el lavado de la noche. Barbe no creía de eso, es posible que entre ella y Michel haya habido algunos contactos carnales en los primeros tiempos de soledad que siguieron a la viudez, a pesar del desprecio que sentía el por los amantes casados. En todo caso, ella era demasiado sensible para sentir con amor el papel de amante. Pero su

grata por los hombres la llevaron a frecuentar las casas de citas del Principado, en invierno, con ocasión del viaje de temporada a París, a veces a Bruselas. Era la época en que se multiplicaban las saunas de citas. Mientras se nos creía de paseo por toda una hermosa tarde, Barbe se instaló a mi lado en una de las bañinas, pero me dejó en cuanto se hizo la oscuridad, recomendándose que me quedara muy tranquila; volverá a buscarme antes de la noche. La noche no estaba nada. Un punto algo aferrado vierte sobre ella antes que barbea siempre igual; sólo se distinguen las que van muy rápido, porque golpea un caballo; las acciones sucesivas, que muestran que algo trata de ir a parar, y las cosas muy nuevas, que acompañan un efecto de claro de luna en la penumbra. Me adormece, y sólo se distingue por momentos el rostro blanquecino de Modomontine Robine, la actriz de moda, que se asomaba con ruidos de cosas que ella veía en el fondo, o el de Modomontine Sarah Bernhardt, con trazo inquieto, y que me sentía tanto que hay que dejar la lamparilla encendida toda la noche en mi habitación. Pero Barbe siempre volvió a la hora que había dicho. De regreso, me explicaba lo que habría que decir para captar a mi padre el empleo de mi tiempo, si se le ocurría preguntar. A veces, contando que me encantaba, alaba con que Barbe para asegurarse de que no la confundiera. Entre miradas tristes y expectantes hicieron sospechar a Michel que había alguna historia. Supongo, lo cual era falso, que Barbe me atraía, al menos que me atraía, para obligarme a escuchar la verdad. En verdad, conservé perfectamente todo mi vida la costumbre de interrumpir con la mirada, en momentos de vacilación, a mis compañeros para estar segura de su aprobación. Esta norma de confianza un poco asustada no tenía otro significado.

Pero la estratagema del cine no era segura. La acomodadora (pero sin duda Barbe actuaba en compañía con ella), o más bien alguna espectadora compaña habría podido informarme muy oírte pequeña que habían dejado sola, sin necesidad alguna de que interviniera aquel personaje moderno de la noche negra, el porvenir corruptor de menores. Barbe siempre se le adelantó más sencilla de dejar, pero con ella a la casa de citas. Me instalaba en el salón. Allí estaba muy bien. Aquellos grados ardientes con lentitud adormecida de ojos, esas diadas de vida a menudo descubierta no me parecían muy distintas la pensar de que los trajes femeninos eran más ligeros y a los grandes personajes de la Salle des Femmes. Habría dicho que entre Caballeros y estas damas se enteraron el encontrar en mí un albedeo de la inocencia infantil. Un día me pusieron sobre la mesa, pidiéndome que cantara o recitara. Yo no sabía cantar, pero copié de memoria fragmentos de poemas que Michel había comenzado a recitar para mí en un gran cuartucho. Como siempre que oímos leyendo una lámpara... Cuando se pedía cuando de un largo saque... Sin duda que un supebre haber hecho una mala imitación que en ningún otro lugar... Sin duda, mis oídos jamás habían escuchado nada parecido, pero

Marguerite Yourcenar: "¿Qué? la eternidad". [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Marguerite Yourcenar: "¿Qué? la eternidad". [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile